

# UNA ESTIMACION DEL COSTE DE LA VIDA EN SANTANDER, 1800-1860 \*

TOMÁS MARTÍNEZ VARA

Universidad Complutense

## RESUMEN

En este artículo se construye un índice general de precios al por menor de la ciudad de Santander, aprovechando la información de la «Mercurial» durante la primera mitad del siglo XIX, un período del que, en general, existe muy escasa información sobre precios, y se compara con el de Reher-Ballesteros. La hipótesis es que el índice de Santander tiene un perfil diferente al de Reher-Ballesteros por dos razones: su composición es más variada y pertenece a una zona periférica. Se demuestra, de paso, la utilidad de la documentación de carácter local para este tipo de investigaciones.

## ABSTRACT

In this paper we build a general index of retail prices for the city of Santander, using the information from the «Mercurial» during the first half of 19th century, a period we do not have much information about. This index for the Cantabrian capital is compared to the Reher-Ballesteros index. The hypothesis is that the Santander index has a different profile to the Reher-Ballesteros one due to two reasons —its composition is more varied and it describes a peripheral area. The usefulness of local documentation for this kind of research is equally shown.

---

\* Agradezco los comentarios críticos de D. Reher, N. Sánchez-Albornoz y R. Domínguez, así como las observaciones y sugerencias de mis compañeros de Departamento F. Bustelo, J. Hernández Andreu, J. L. García Ruiz y J. Jurado y las recomendaciones de dos evaluadores anónimos. Desde luego que ellos no son, en absoluto, responsables de las lagunas que el lector encontrará.

## 1. INTRODUCCIÓN

La construcción de las series anuales de precios ha sido uno de los temas que primero ha preocupado a los historiadores económicos. El interés por su conocimiento radica en la información que suministran sobre la dinámica del período que se considera y en la importancia que tuvieron sus alteraciones en la producción (alzas, depresiones, ciclos) y distribución de la renta. Las series de precios —especialmente los agrarios—, cuando son representativas de la marcha de todo el territorio, constituyen, además, el vector de información más cualificado sin duda para formular hipótesis sobre el grado de articulación de los mercados dentro de un país; su reconstrucción resulta imprescindible para conocer la formación de los mercados. No ha de extrañar, por tanto, que, en Europa, la bibliografía al respecto sea tan abundante como nutrida de nombres emblemáticos dentro de la historia económica <sup>1</sup>.

En España los estudios sobre precios están menos desarrollados, pero sí contamos con aportaciones de singular interés como las de Hamilton (1934) —cuya referencia es obligada para todos—, Vilar (1962), Anes (1970), Sánchez-Albornoz (1975), el Grupo de Estudios de Historia Rural (1980), López Taboada (1986), Felíu (1991) y tantos otros que, con uno u otro enfoque, les han seguido en el rescate de esta importante parcela de la historia económica y que sería ocioso tratar de enumerar. Pero el camino por recorrer es aún inmenso. Nuestra comprensión de la historia de los precios en la época contemporánea sigue siendo aún bastante pobre, peor en muchos aspectos que la del Antiguo Régimen y que la de nuestros vecinos de Portugal <sup>2</sup>; es más, de un período tan decisivo en nuestra historia como es la primera mitad del siglo XIX desconocemos aún casi todo salvo —en líneas muy generales— las cotizaciones de los cereales (Kondo, 1990) y, en menor escala, del aceite y el vino de lugares muy determinados <sup>3</sup>. De hecho, los dos índices generales de precios que abarcan

<sup>1</sup> Labrousse (1933), Hauser (1936), Beveridge (1939), Parenti (1942), Gayer, Rostow y Schwartz (1953), Phepls Brown y Hopkins (1956), Romano (1965), Sereni (1966), Braudel y Spooner (1967), Flinn (1974), Williamson (1983) y Feinstein (1995) son algunos de los muchos nombres que se podrían mencionar.

<sup>2</sup> Halpern (1984), Justino (1989) y Pimenta (1983), en el caso concreto de la ciudad de Oporto.

<sup>3</sup> Por fortuna, el panorama para esta época parece estar cambiando; a los ya lejanos estudios regionales y locales de Garrabou (1970), Álvarez Pantoja (1970), Zapico (1973) o Morilla (1973) han seguido, entre otros, los de Vicedo i Rius (1983), Segura i Mas (1983), Peiró (1987), Arizcun (1989) o los presentados en el XV *Simposi D'Anàlisi Econòmica. Secció Històrica Econòmica. Niveles de vida a Espanya, s. XIX i XX. II. Dpt. d'Economia i d'Història Econòmica*. Universitat Autònoma de Barcelona (Bellaterra) y al VII *Congreso de Historia Agraria*, Baeza, del 31 de mayo al 3 de junio de 1995. Y ello sin contar los capítulos dedicados al tema dentro de obras más generales.

este período [Sardá (1948) y Reher-Ballesteros (1993)] son locales. Sardá construyó su índice de precios al por mayor con las informaciones de la plaza de Barcelona, donde se cotizaban no pocos productos del mercado exterior. La serie de Reher y Ballesteros para Madrid, en cambio, es al por menor, pero el peso que ejerce el precio del pan dentro de la alimentación hasta finales de la década de los cuarenta resulta abrumador <sup>4</sup>. Es cierto que el precio del pan podía ser considerado el barómetro de la situación económica en general, pero no hasta ese punto.

En el presente trabajo se estudia la evolución de los precios en la ciudad de Santander durante la primera mitad del siglo XIX. Comenzamos con un análisis crítico de las fuentes utilizadas, productos registrados e interrogantes que, dentro de aquella economía, esa evolución sugiere. Se elaboran y comentan a continuación las distintas series —siempre inéditas— que servirán de base para la construcción de un índice local de precios al por menor; algunas de ellas —trigo, maíz y alubias— serán objeto de comparación con las series, igualmente inéditas la mayoría, de los mismos productos en otras localidades de Castilla y en la ciudad de Oviedo, obtenidas también con información de carácter mercurial. Así se habrá probado que, si bien es cierto que, a escala nacional, el material histórico disponible para este período es escaso, en el plano local, si hay fuentes —que las hay, aunque muy dispersas—, puede resultar muy rico y esclarecedor.

## 2. LA FUENTE: LOS LIBROS DE MERCADO

La fuente básica por excelencia son las listas de precios registradas por semanas, quincenas o meses, es decir, las «mercuriales», de cuya garantía hoy nadie duda. La vieja polémica entre partidarios de «mercuriales» y partidarios de libros de cuentas, con Labrousse (1833 y 1940) y Hamilton (1834 y 1947) como principales litigantes, se resolvió hace tiempo a favor de los primeros <sup>5</sup>; Anes, uno de sus más fervientes defensores en nuestro país, cree que los argumentos de Labrousse en favor del empleo de las «mercuriales como fuente para el estudio de los precios son convincentes e irrefutables», aserción que ha

<sup>4</sup> Reher y Ballesteros (1993), p. 116, Tabla 2.

<sup>5</sup> Como señala Feliu (1991), p. 12, nota 5, se trata de una polémica que tiene algo de engañoso, pues pocas veces se está en situación de elegir entre una mercurial magnífica como las de París, Toulouse o Colonia o de unos perfectos libros de cuentas. La mejor solución es aceptar en cada caso la que le ofrezca mayores garantías, si es que realmente se tiene la fortuna de poder elegir.

ido ratificando la investigación posterior <sup>6</sup>. Se trata de una documentación de carácter oficial que emana de la preocupación que tuvieron los ayuntamientos por conocer y controlar los precios que productos como el pan podían alcanzar en determinados momentos. Cada mercurial recoge el precio concurrencial, es decir, el precio de mercado, aquel que afecta a las economías de la mayor parte de los consumidores <sup>7</sup>. Precedente aventajado de la estadística moderna, los mercuriales permiten reconstruir, en el ámbito local, la tendencia general. El hecho de que se conserven es en sí motivo de satisfacción, tanto más si se refieren a la turbulenta primera mitad del siglo XIX cuando se están desmoronando las viejas instituciones del Antiguo Régimen sin que aún hayan aparecido o funcionen con propiedad las que habrán de sustituirlas. Este es el caso de los *Libros de Mercado* de la ciudad de Santander <sup>8</sup>.

Desde el primero de julio de 1805 hasta diciembre de 1859 los distintos precios vigentes en cada mercado —y en los primeros años de la década de los veinte también diversas incidencias— aparecen anotados en un «*Libro de Registro*» por el «Rejidor de mes y plaza», «Diputados», «Fieles» y «Ministros de Justicia» encargados del cumplimiento de la «legalidad y buena fé», procurando se cause el menor problema al concurrente <sup>9</sup>. La periodicidad de los registros fue, como la de los mercados, semanal hasta que la entrada de los franceses en junio de 1808 rompe esta regularidad; comienza entonces un largo y confuso período repleto de lagunas y de alteraciones en los registros; éstos recogen unas veces los precios de cada mercado y otras son promedios quince-

<sup>6</sup> Anes (1970), pp. 69-72. En similares términos se había expresado Vilar (1961). Una obra de extraordinario interés para el tema es la de Arizcun (1989), donde se analiza la evolución de los precios en Navarra entre 1589 y 1841 utilizando los dos tipos de fuentes, los libros de cuentas del Vínculo de Pamplona y de Colegiata de Roncesvalles y un registro equivalente a las mercuriales francesas y con mejor información, el «Almudí y plaza».

<sup>7</sup> Anes (1970), p. 72.

<sup>8</sup> Archivo Municipal de Santander (A.M.S.): *Libros de Mercado* B 59-61. El origen del mercado de la capital cántabra se remonta a principios del siglo XVI; se celebraba todos los sábados, excepto los festivos, en la Plaza Nueva de las Atarazanas, desde las seis de la mañana en los meses de abril a septiembre, y a partir de las ocho entre octubre y marzo. Los carros y caballerías, una vez descargadas las mercancías, debían trasladarse al Campo de Becedo, en donde se vendían los artículos de mayor volumen como el carbón, la leña o la paja.

<sup>9</sup> «Que para los efectos convenientes se formará un Libro de Registro, en que se anoten en cada Mercado por el Rejidor de mes y plaza, ó por el Ministro que dipute los precios á que se vendan los granos de Trigo, Cebada, Centeno, Mayz, Alubias y demas semillas, autorizandose con la firma de aquel; y para el mejor orden y quietud, y se eviten fraudes y que en todo se guarde legalidad, y debida buena fé (sic) (...) procurando no se cause el menor perjuicio al concurrente» (A.M.S.: *Libros de Mercado* B 59, «Edicto» del 8 de junio de 1805).

nales y mensuales <sup>10</sup>. En 1821 vuelve la normalidad y, a partir de entonces, la calidad de los asientos es, en general, buena. Además proliferan en los *Libros de Mercado* notas aclaratorias y observaciones puntuales que dan idea del celo puesto por los responsables para que la información fuera lo más fiel posible <sup>11</sup>. En esas notas la «mercurial» santanderina ofrece información muy interesante y variada sobre otros aspectos relacionados con el funcionamiento del mercado: horarios, control municipal, inspecciones veterinarias, infracciones y censo de vendedores <sup>12</sup>.

La relación de productos cuyos precios fueron registrados durante el tiempo de duración de la «mercurial» fue de menos a más; baja e incompleta en los primeros años y alta y con pocas lagunas a partir de los años veinte, momento a partir del que se sobrepasó la treintena. Disponemos de cotizaciones de diversos grupos y categorías de artículos; se computaba trigo —del país, castellano o foráneo (distinción que no siempre se hace y que es importante, porque el precio cambia radicalmente según de cuál se trate)<sup>13</sup>; harina de trigo (1.<sup>a</sup>, 2.<sup>a</sup> y 3.<sup>a</sup>) y pan (francés o español); arroz, cebada, maíz (joven o añejo, el segundo siempre más caro, del país o extranjero, amarillo, blanco o mezclado) y

<sup>10</sup> De 1809, 1816 y 1817 la fuente no ofrece información alguna, y la que da para 1808, 1811, 1814/15, 1818/20 es incompleta. A partir de 1821 apenas existen ya lagunas, tan sólo faltan los datos de diciembre de 1843 y de abril a agosto de 1849.

<sup>11</sup> «Las anotaciones del presente mes estan exactas», repetirán una y otra vez los regidores sin que se trate de un simple formalismo. «Haviendo Revisado el Sr. Regidor de este mes —Matías Abad— todo este diario del mes de la fecha y las distribuciones anotadas las halla conformes, y previene al Regidor entrante que las notas que comprende las llebe a puro efecto por combenir así al bien publico» (A.M.S.: *Libros de Mercado* B 60, 31 de marzo de 1822).

<sup>12</sup> La preocupación de la administración municipal por el correcto funcionamiento del mercado se tradujo en un estrecho control del mismo. Se prohíbe la venta en horas previas a su apertura; el veterinario ha de recorrer las tablas y puestos en los que se vende manteca, tocino, lomo o jamón, y retirar lo que cree no se encuentra en condiciones; también debe inspeccionar la fruta y las verduras y si descubre algún defecto en las pesas castigar a sus usuarios. La mayor parte de las infracciones tenían que ver con el uso — más bien abuso — de pesas fraudulentas, mal estado de los productos o falta de higiene; una vez comprobada la transgresión de la norma, a los infractores se le incautaba la mercancía y se les hacía pagar una multa que, salvo en casos de reincidencia, solía ser una cantidad moderada, como moderadas eran las cantidades por ellos manipuladas. Por lo que se refiere al censo de vendedores, en 1821, por ejemplo, aparecen inscritos en los libros, con sus nombres, 10 vendedores de la clase de «verduleras», 13 de la de «abes, corderos y huevos», 27 de la de «frutas», 7 de la de «Bacalao», 13 de la de «Tocino y Manteca», 6 de «maiz, grano —amarillo y blanco— y harina» y 8 de la de «pasteles, limones, etc.»; a ellos se deben añadir 23 vendedores de pan y 5 más que son también dueños de la panadería. A juzgar por lo requisado las cantidades manipuladas por los revendedores eran muy pequeñas.

<sup>13</sup> Siempre que se cotizó trigo de Castilla en el mercado éste fue el elegido para la construcción de la serie correspondiente; en su defecto se tomaron los precios del foráneo, muy frecuentes en el mercado hasta la implantación de la política prohibicionista del Trienio. La presencia del regional, más barato y de baja calidad, revistió siempre un carácter puramente testimonial.

harina de maíz (no especifica procedencia); garbanzos, alubias (blancas, pintas o mezcladas); carnes (cerdo, vaca y carnero), y piezas (corderos y aves de corral y caza); jamón, lomo y tocino (nuevo, curado o añejo, con hueso, sin hueso); huevos, queso y manteca (de cerdo y de vaca); aceite, aguardiente y vino (chacolí, tinto de Rioja o Ribera de Duero, blanco de la Nava, de Aragón); leña y carbón (mineral y vegetal); y, de forma ya más esporádica, patatas (1836, 1837, 1847, 1850-1858), leche, verduras, pescado, jabón (1820-1825) y vinagre.

Un aspecto que se debe tener en cuenta al analizar la fuente es la práctica del «redondeo», bien perceptible en ciertos casos (trigo, pan, carne) y épocas (entre abril de 1826 y noviembre de 1828, el asiento del trigo registra la cifra fija de 43 reales la fanega y, de junio de 1829 a febrero de 1831, 39 reales). El que se anoten dos precios para cada producto y mercado —la banda no siempre refleja los valores extremos cotizados— no suele producir mayores complicaciones, salvo que las diferencias sean desmesuradas, como sucedió a menudo con la leña, el carbón y los vinos generosos. El precio del carbón, siempre que no proviniera del muelle, en cuyo caso venía indicado en arrobas y reales, podía expresarse en arrobas o simplemente en carros: «se vendieron algunos carros a 160 reales de vellón y a 120 reales, el primero de Zieza como de 36 a 38 arrobas, el de Parbayon no llegaba a dicho peso <sup>14</sup>»; cuando se pormenorizan todas esas circunstancias no hay problema para normalizar, pero desgraciadamente eso ocurrió pocas veces: «valio de 90 a 140 reales el carro segun tamaño» <sup>15</sup>. De ahí que, en este caso —carbón vegetal—, decidiéramos aceptar como unidad de peso más grosera el carro, extrayendo la media simple de los valores dados en cada mercado.

Por lo que concierne a la «metrología», el Ayuntamiento, en el «Edicto» expuesto al público y reproducido en la mercurial, deja muy claro qué medidas se han de utilizar: la fanega castellana en el caso de los cereales y para las legumbres secas vendidas al por mayor, y la fanega castellana, pero colmada, para las castañas, frescas o secas, nueces, avellanas y «demás frutas de cáscara», siempre que se vendan también al por mayor, porque si se hace al por menor, entonces habrán de utilizarse las tercias, medias tercias o cuartas de ellas colmadas. Para el pan, las frutas frescas y secas de toda especie, legumbres frescas granadas, manteca de vaca, queso, miel, cera y otros comestibles se empleará la libra de 16 onzas y también la libra, pero de 20 onzas, en el caso de las carnes, manteca de cerdo, pescado. Las aves, domésticas o de caza, corderos, cabritos, tostones y terneros, vivos o muertos, se venderán sueltos. Esta claridad de la

<sup>14</sup> A.M.S.: *Libros de Mercado* B 59, mercado del 12 de octubre 1805.

<sup>15</sup> A.M.S.: *Libros de Mercado* B 59, mercado del 9 de noviembre de 1805.

norma a menudo no se ve reflejada en los asientos. La fuente no siempre distingue, por ejemplo, entre celemines castellanos y celemines de la tierra, entre tercias al por mayor (tercera parte de la fanega) y tercias al por menor, o entre libras de 20 onzas o libras de 16, y cuando se hace no está claro que el resultado sea el correcto <sup>16</sup>. Por ello hay que andar con mucho tiento si no se quieren distorsionar los resultados. Los valores monetarios, en cambio, no ofrecen dudas; todos los productos vienen expresados en reales de vellón, cuartos y maravedís. Pero es también frecuente que la misma unidad de peso o volumen aparezca registrada con unidades de valor distintas según el momento. Es preciso, pues, mucha prudencia a la hora de normalizar las series.

Aunque lamentablemente no figuran los precios relativos a artículos relacionados con el vestido y calzado, la información sobre alimentación, en cambio, es buena en cuanto al surtido de artículos y consistente por la calidad de los registros, lo que es de agradecer puesto que, hasta fechas muy recientes, la mayor parte del gasto familiar era absorbido por este capítulo. García Sanz (1979/80) considera que el gasto en esta partida representaría aproximadamente el 70 por cien del presupuesto familiar, una deducción que, para esos años, parece razonable; el combustible y el vestido se repartirían por igual el resto. De ahí que el índice de precios de la alimentación pueda ser considerado como un indicador suficiente de la coyuntura general.

Por último, hemos prolongado hacia atrás las series correspondientes al trigo y al maíz con datos procedentes de otras fuentes de carácter igualmente mercurial, el *Correo Mercantil de España y sus Indias* <sup>17</sup>, para hacerlas coincidir, desde 1800, con la serie nacional del precio del trigo, elaborada por la la Dirección General de Aduanas y publicada en el *Norte de Castilla* el 24 de enero de 1899 <sup>18</sup>. Las series de trigo de Burgos, León, Medina de Rioseco y Segovia, así como las de trigo, escanda, maíz y habas de la capital asturiana, se confeccio-

<sup>16</sup> En el caso del trigo no existe dificultad alguna, pues la medida utilizada es la fanega castellana de 55,501 litros. El maíz, en cambio, venía consignado la mayoría de las veces en fanegas castellanas; sólo de forma muy esporádica se utilizó el celemin de la tierra (13,875 litros); las alubias al por menor se expresaban en cuartos la tercia (una fanega castellana = 48 tercias), la harina de trigo en arrobas (25 libras) y la de maíz en tercias (un quintal de 100 libras = 90 tercias).

<sup>17</sup> Sobre la naturaleza y fiabilidad del *Correo Mercantil de España y sus Indias*, ver Anes (1970), pp. 83-84 y 232, nota 2, y (1969), pp. 45-46, nota 1.

<sup>18</sup> Se trata de una tabla donde, de ser cierto el comentario aclaratorio que la acompaña, se recoge el «promedio anual» del precio del trigo de todas las provincias entre 1800 y 1897. Tras comprobar la similitud de estas cifras con las de Sánchez-Albornoz (1975), pp. 172-179, y GEHR (1980), p. 96, para el período que le es común (la correlación entre las tasas de crecimiento de ambas es, para 1869-1897, de 0,9351), decidimos aceptarlas como un indicador provisional de la

naron básicamente con información procedente de mercuriales custodiadas en sus respectivos archivos municipales así como del *Correo Mercantil de España y su Indias* y el *Mercurio de España* en los años 1824-1829, en algún caso aislado <sup>19</sup>.

### 3. EVOLUCIÓN DE LOS PRINCIPALES PRODUCTOS DE CONSUMO

Dada la naturaleza de la fuente, se hicieron medias simples de los distintos precios que la «mercurial» ofrecía para cada producto seleccionado y en cada mercado registrado y conservado; con estas medias se elaboraron los promedios mensuales que sirvieron de base para la confección de la media anual. Los huecos correspondientes a 1809, 1816 y 1817 se rellenaron mediante interpolaciones lineales, partiendo del ajuste de líneas de regresión a los demás años, excepto en el caso del trigo, con el que se hizo lo mismo pero con valores obtenidos a partir de la regresión sobre la serie del trigo de Viérnoles, localidad muy próxima a Torrelavega. En cuanto a las series, la selección dio preferencia a las más largas, compactas e indicativas del consumo.

#### *Los cereales y sus derivados, harina y pan*

Los cereales constituían la base de la alimentación popular en la época; blanco, moreno o amarillo, el pan acompañaba a todo, bien como alimento de base o simplemente como un ingrediente más. En términos calóricos y nutriti-

tendencia general. Éstos y los reproducidos en la tabla1 del apéndice son los datos del *Norte de Castilla* (en pesetas/quintal):

1860	26,75	1870	27,36	1880	31,23	1890	24,36
1861	27,71	1871	29,23	1881	29,96	1891	27,07
1862	28,64	1872	27,29	1882	35,24	1892	29,69
1863	27,82	1873	26,41	1883	31,38	1893	29,14
1864	26,79	1874	28,19	1884	27,09	1894	26,85
1865	23,64	1875	26,87	1885	25,24	1895	21,20
1866	25,06	1876	27,00	1886	26,08	1896	24,33
1867	32,16	1877	28,27	1887	27,47	1897	29,45
1868	36,92	1878	30,27	1888	25,66		
1869	27,66	1879	33,32	1889	23,77		

<sup>19</sup> Archivo Municipal de Burgos (A.M.B.): 1/133-134, 1/463, 1/471, 1/523, 12/286-367, 12/426, 12/431, 12/453 y 12/1956; Archivo Municipal de León (A.M.L.): *Libros de tomas de razón de precios de granos, que se toman en los mercados públicos que se celebran en [...]* Caja 365, libs. 1-4 (1829-1860) y *Pósito*, legs. 353 y 354 (1807-1824); Archivo Municipal de Medina de Rioseco (A.M.M.R.): Caja 266, *Cuadernos de precios*, Archivo Municipal de Oviedo (A.M.O.): B116, *El Libro de Valías*, Archivo Municipal de Segovia (A.M.Seg.): 984-5, 1193-25, 846-8, 846-9, 479-3, 978 y 1219.



vos su peso en la dieta popular era abrumador; en términos económicos su proporción dentro del gasto familiar no era menor. De ahí el desvelo de las comunidades locales y de sus autoridades por garantizar, siempre dentro del modelo paternalista de distribución cerealícola, un precio del pan «asequible». Sabían que, si por alguna circunstancia la cosecha de cereales se malograba, los precios del pan se disparaban y se reducía el poder adquisitivo de la mayoría, pudiendo surgir alteraciones del orden. El modelo paternalista de distribución, que pervivió aún bastante tiempo, no impidió nunca que los precios subieran, pero pudo contribuir a mantenerlos en un cierto nivel y, sobre todo, sirvió al mantenimiento del orden público <sup>20</sup>.

Dentro del conjunto de los cereales panificables, el trigo tuvo el mayor protagonismo; su proporción en el consumo popular y su papel como producto de intercambio así lo confirman <sup>21</sup>. Los precios del trigo no sólo influían en las cotizaciones de sus derivados —harina y pan—, sino que, además, daban la pauta al resto de los cereales. Sin embargo, en las tierras del Cantábrico su producción era muy escasa; el déficit se solventaba introduciéndolo desde el exterior por los diferentes puertos o trayéndolo de Castilla. En la gráfica 1 se puede ver cómo la trayectoria seguida por los precios del trigo en Santander y las ciudades castellanas (Burgos, León Medina de Rioseco y Segovia) es muy similar; como cabía esperar, en la capital cántabra las fluctuaciones a corto plazo se manifiestan con menos brusquedad, el ciclo estacional es diferente y el nivel es más elevado a consecuencia de los costes del transporte. El promedio nacional se sitúa —es natural— entre ambas. En los años «normales» las cotizaciones más bajas correspondieron siempre al área productora, donde existían excedentes en abundancia, y las superiores al área consumidora, donde se experimentaba un déficit crónico. Todo lo contrario sucedió cuando la coyuntura

[illegible]

<sup>21</sup> P. Conard y A. Lovett (1965), pp. 411-441; Labrousse (1933).

tura fue otra; entonces los precios de los granos se disparaban violentamente en las tierras alejadas del interior, mientras que en las localidades costeras las importaciones amortiguaban el alza en los momentos de escasez <sup>22</sup>. Con los decretos prohibicionistas la situación hubo de modificarse. En efecto, desde 1820 se cerrarán los puertos de la península a los cereales y legumbres extranjeros —únicamente se podía importar en circunstancias excepcionales, cuando el precio superaba determinados topes—; no debe extrañar, por tanto, que, a partir de ahora, no haya registrados en la «mercurial» otros trigos fuera de los castellanos, salvo en alguna esporádica ocasión en que, de forma muy marginal, se suman también los «jóvenes de la tierra».

Pero, además, durante esta época de consolidación de la política proteccionista, Santander no es sólo centro consumidor, sino que se ha convertido en la salida obligada de los trigos y harinas castellanos remitidos a los puertos catalanes y a las Antillas, actividad ésta en que se fundamentará el crecimiento urbano y la prosperidad santanderina a lo largo de toda la época. El incremento de la producción y del comercio en las tierras del Duero, por su parte, más la ampliación y mejora de la red viaria y el incentivo que suponía para los comerciantes y armadores —los «harinócratas»— el mantener regularmente atendidos los pedidos de dichos mercados garantizarán la regularidad de la oferta. Los precios del trigo, la harina y el pan reflejarán la confluencia de todas estas circunstancias. Como los otros núcleos urbanos de la periferia, Santander siguió siendo un centro del trigo caro, mientras que las capitales meseteñas lo fueron del barato (de 1820 a 1860 en siete ocasiones el promedio anual del precio del trigo en Santander dobló al de Medina de Rioseco). Continuó habiendo fluctuaciones en todos los mercados reseñados, pero su amplitud e intensidad fueron menores que en los primeros decenios de siglo; los índices de correlación entre todas estas series, por su parte, mejoran de forma ostensible, todo lo cual conduce a pensar en procesos de integración de mercados a todas las escalas.

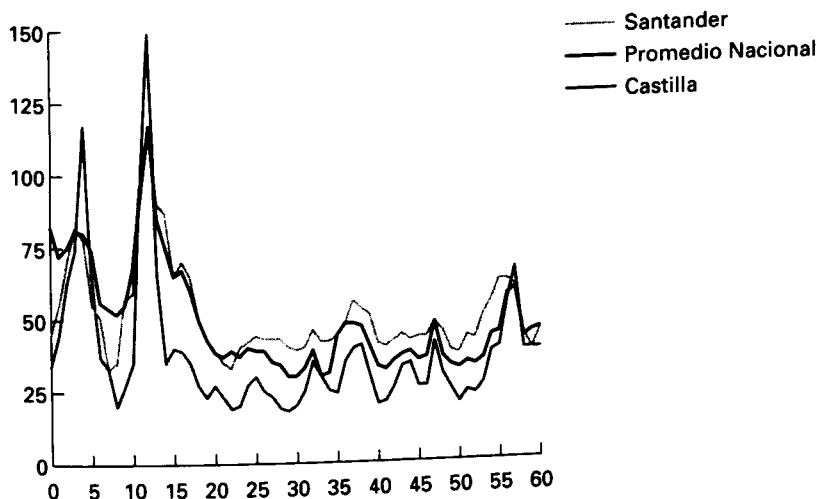
Si de los precios del trigo y la harina la fuente informa bien desde los años veinte, nada nos dice, en cambio, sobre su composición —proporción de salvado y probables mezclas con cereales inferiores—; pero el hecho de que se coticen tres tipos diferentes de harina y varias de pan indica hasta qué punto la demanda estaba segmentada. En ambos casos se optó por los productos más genuinos —harina flor de 1.<sup>a</sup> y pan español— que, además, presentaban las series más prolongadas y de mejor calidad. El comportamiento de todas estas series es prácticamente el mismo, lo que entra dentro de lo normal dado el estre-

---

<sup>22</sup> A.G.S.: *Consejo Superior de Hacienda*, leg. 240; Martínez Vara (1983), pp. 102-114; Anes (1970), p. 423.

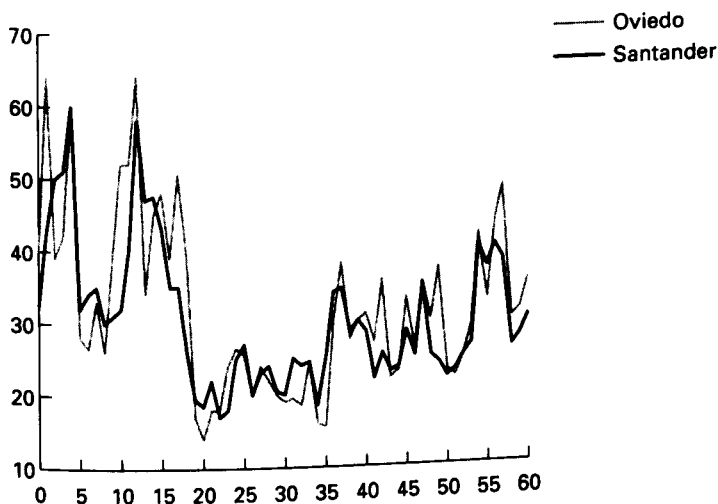
### GRÁFICO 1

*Precios del trigo (rls/fanega) en Castilla, Santander y promedio nacional, 1800-1860*



### GRÁFICO 2

*Precios del maíz (rls/fanega) en Oviedo y Santander, 1800-1860*



cho vínculo que las une entre sí. Los santanderinos comían pan de trigo, el pan por antonomasia, pero cabe suponer que no todos; la población más humilde, como siempre había hecho, consumía *borona*, pues el maíz era mucho más barato. ¿Cómo explicar si no la supervivencia de tantas familias con ingresos tan reducidos? Ignorar o conocer mal las cotizaciones de este subproducto puede suponer un grave contratiempo a la hora de construir un índice de precios alimentarios; pocos tenían la suerte de que en su mesa hubiera los productos que el galeno José Martínez (1826) señalaba para los «habitantes de facultades» (carnes de vaca y carnero, aves de corral y campo, pan de harina de trigo, abundantes verduras y frutas, ricos y sabrosos pescados de la ría y de la costa y vino del interior). Por fortuna, la mercurial informa de manera aceptable sobre los precios del maíz desde 1805 (Gráfico 2) y de los de la harina de maíz a partir de 1820. Como cabía suponer, las fluctuaciones del precio del maíz, dentro de la misma tendencia, son más vivas que las del trigo. El maíz, por su condición de bien sustitutivo y por su ciclo estacional complementario, contribuía a amortiguar, en especial en los momentos de escasez, las fluctuaciones del cereal noble; se cumplía la ley labroussiana de las «desviaciones sociales». Lo que sucede en Santander debió de reproducirse con alguna variante local en otros mercados de la cornisa cantábrica, tal como ratifican las series de maíz, trigo y escanda del mercado de Oviedo.

Y si no hubo nunca ausencia de maíz en el mercado tampoco faltaron las legumbres, el otro gran ingrediente del consumo popular. Resultaría igualmente engañoso prescindir de ellas. Pese a la estrecha asociación que mantenían las alubias con el cultivo del maíz, los precios de las alubias muestran contrastes notables con los de este cereal y —claro está— también con los del trigo; la tendencia es la misma, pero las fluctuaciones presentan rasgos singulares, distribuyéndose los dientes de sierra de manera más errática. Lo mismo ocurre en Oviedo con los precios de las habas. Tanto en Santander como en Oviedo, las puntas cíclicas o sus inversas, las puntas de los mínimos más profundos que sugieren cosechas excepcionalmente buenas, no siempre coinciden en el tiempo, y menos aún se parecen en intensidad a las de los cereales.

De Castilla —«tierra de Salamanca», Zamora, Fuentesauco— eran los garbanzos vendidos en el mercado cántabro; allí constituían un buen complemento del consumo cerealero, sobre todo en los tiempos de coyuntura desfavorable. Los primeros precios de los que tenemos razón datan de 1832 y se mantienen ya hasta el final; la serie es corta, pero compacta. Cotejando esta con otras series castellanas se ve cómo reproduce, con apreciable fidelidad, el mismo perfil. Obviamente, su importancia como sustitutivo de los cereales panificables fue muy inferior a la de las alubias.

*Productos perecederos*

Como ya se indicó, sabemos de la presencia en el mercado de diversas clases de verduras, carnes, aves, pescado fresco y productos lácteos; sin embargo, son pocos los productos de los que la «mercurial» ofrece testimonios suficientes y de duración razonable para poder establecer series homogéneas. En todo caso, la importancia de esta clase de artículos fue, desde luego, menor que la de los cereales y legumbres, como menor fue también su proporción dentro de la producción del campesinado. Sin posibilidad de almacenaje la población no productora adquiriría estas vituallas en los mercados locales, donde los propios campesinos —o revendedores de muy pocos vuelos— comercializaban sus hortalizas, huevos, aves de caza y corral o quesos, tocinos y mantequillas. Dado el reducido volumen de la oferta y su inelasticidad diaria —muchos productos no son retornables debido a su propia volatilidad, a la distancia, al tiempo o al medio de transporte—, la componente aleatoria tenía que ser necesariamente más marcada que en el caso de los cereales o legumbres.

En algunas ocasiones —las menos— se vendía manteca y tocino del País Vasco o de Flandes y Holanda alcanzando, por lo común, precios muy elevados, pero en general se consumían alimentos adquiridos exclusivamente en el mercado local y producidos en las áreas urbana, periurbana y regional. Este dinamismo, propulsado por la creciente actividad del puerto, hace de la ciudad un centro consumidor de alimentos cuya potencia provoca todo un conjunto de transformaciones agrarias en la inmediata «orla rural extramuros» (Domínguez, 1988).

Dadas las condiciones de conservación de los lácteos, salvo el queso curado, al que no se debe considerar como producto perecedero, sorprende que los habitantes de las villas pasiegas tuvieran un ámbito de acción que, en opinión de Campomanes (1775: 360), podía alcanzar y hasta superar los 100 km; ellos eran quienes abastecían con regularidad de queso (los quesucos) y manteca el mercado de la capital, a cambio de telas extranjeras que luego pasaban de contrabando a Castilla (Sarasúa, 1994: 169). Si bien la consideración de la leche —y en menor medida sus derivados— como producto alimenticio básico y de masas es posterior, su consumo urbano fue creciendo a lo largo de todo el siglo XIX y no ha de extrañar, en consecuencia, que, antes de que se instalasen las primeras industrias modernas para la preparación de la leche para el consumo, surgieran lecherías en la ciudad y vaquerías en su periferia. Las series de los precios del queso y de la manteca son, dentro de lo que cabe, bastante aceptables.

Existe coincidencia en atribuir, dentro de la alimentación, un elevado peso a los productos cárnicos<sup>23</sup>; su consumo creció de forma espectacular durante

<sup>23</sup> Ringrose (1985), pp. 45 y 195; A. Gómez Mendoza y J. Simpson (1988), p. 186.

todo el siglo XIX, lo que no quiere decir que a los pobres les fuera más fácil acceder a ellos. Es probable que el carnero resultara prohibitivo para buena parte de la población, pero había otras carnes más asequibles como la misma vaca, la oveja, la cabra, los cerdos, o los despojos de todos ellos. Por otro lado, no siempre su estado de conservación fue el más idóneo, como pone de manifiesto la abundancia de penalizaciones por dicha causa. El consumo medio anual registró en Santander un notable ascenso entre 1792 (16 kg) y 1860 (19 kg), potenciado sin duda por el dinamismo económico y demográfico del momento <sup>24</sup>. Para una población de 30.000 habitantes se sacrificaron, en 1860, 5.303 reses, de las que 2.760 fueron bueyes y vacas y 2.543 terneros; a ellos se deben añadir 2.031 cerdos, 1.077 carneros y 2.271 corderos <sup>25</sup>. Las únicas series de precios con entidad que tenemos son las correspondientes a las carnes de vaca y carnero; de los demás tipos de carne la fuente da información muy marginal. El precio de la carne de carnero se mantuvo —aunque no siempre— ligeramente por encima de la de vaca, aunque el comportamiento fue siempre idéntico en ambas series.

Valioso complemento proteínico de la dieta era el aportado por el ganado de cerda —jamón, tocino, manteca—, poco exigente en cuanto a su alimentación; es de suponer que gran número de cerdos comercializados en el mercado fueron criados y cebados por los campesinos de las áreas próximas y habitantes de la misma ciudad que aún compartían la agricultura y ganadería con otras actividades; otro tanto sucedía con las aves de corral y los huevos. Un dato revelador sobre la importancia del tocino en la dieta de la población humilde es el ofrecido por Marvaud (1975: 150-151) para la alimentación de los mineros en una fecha tan avanzada como 1903; su importancia es similar a la de la carne.

Las series de estos productos, consideradas de una en una, no se mueven al unísono, es decir, no siguen una pauta de conformación común; por lo general, existen variaciones cíclicas muy caracterizadas, más tajantes e irregulares en unos casos —carne, gallina, queso— y menos —manteca, huevos, tocino— que las del trigo, si bien siempre están relacionadas con ellos siguiendo la misma tendencia.

### *Carbón y leña*

Los registros de los artículos destinados al combustible presentan más de un problema; de los precios de la leña y del carbón vegetal sabemos muy poco

<sup>24</sup> Puente Fernández (1992), p. 47. Un crecimiento que, según estimaciones recientes de Domínguez Martín (1996, 241), pudo ser aún muy superior.

<sup>25</sup> Salomón (1861), p. 147.

y, sin embargo, su conocimiento es básico; se trata quizá del aspecto más desatendido hasta hace poco por todos los que se han propuesto establecer una «cesta de la compra». En nuestro caso las series del carbón y de la leña son relativamente largas y homogéneas, aunque la calidad, como ya se dijo, deja mucho que desear. En ambos casos y por el lado de la oferta el coste del transporte, en el que intervenían la distancia, el estado de los caminos y el clima, hubo de influir en el precio; las oscilaciones de mercado a mercado que subyacen a la tendencia eran enormes, en especial durante el primer cuarto del siglo. Éstas eran igualmente muy violentas, y con similar versatilidad en el caso de su —en teoría— sustituto, el carbón vegetal. Las correlaciones entre ambas series aclaran, realmente, bien poco. En uno y otro caso las deforestaciones debieron de dejar su impronta en los precios, pero no sabemos en qué medida. Sorprende, por otro lado, que la serie correspondiente al carbón mineral no ofrezca un perfil más llano, como cabría esperar de una mercancía relacionada con los mercados exteriores a la región.

### *Vinos*

Era, al lado del pan, el componente ordinario de los hábitos y posibilidades consuntivas de las diferentes regiones y medios sociales <sup>26</sup>. En el mercado santanderino se vendían muchas calidades de vino, y éstas diferían lo suficiente como para que los precios fueran completamente distintos; el de la tierra o chacolí, un vino ligero, ácido y difícil de conservar, fue siempre el más barato, y los ya mencionados generosos los más caros <sup>27</sup>. En medio de ambos se situaba el «común» importado del interior, un grupo heterogéneo con procedencias muy distintas y precios no muy alejados entre sí; se trataba del vino más consumido y del que la fuente ofrece una información más extensa y compacta, razón por la que se eligió esta serie.

Menor es aún nuestro conocimiento del precio del aguardiente, artículo muy aceptado entre jornaleros y pescadores, que lo utilizaban a menudo en los desayunos. De ahí el carácter meramente indicativo de las series.

<sup>26</sup> Pan-Mantojo (1990).

<sup>27</sup> El consumo de chacolí se había mantenido hasta estas fechas gracias a la protección que las ordenanzas municipales otorgaban a sus productores; desaparecida ésta a principios del siglo XIX, la producción comenzó a caer y su consumo, como señala Domínguez Martín (1988), pp. 63-72, retrocedió hasta quedarse en algo puramente testimonial.

#### 4. UNA ESTIMACIÓN DEL COSTE DE VIDA EN LA CIUDAD DE SANTANDER

Un índice del coste de la vida compendia la información disponible sobre los precios, e incorpora la proporcionalidad o, si se prefiere, el peso que cada artículo tiene en los gastos efectivos de la población estudiada. Sabemos cómo las familias distribuían sus gastos en el pasado merced a la recopilación de presupuestos realizada por García Sanz (1979-1980); sus resultados no difieren, en lo sustancial, de los criterios adoptados por Phelps Brown y Hopkins para Inglaterra (1956). Aunque no disponemos para Santander de información cuantitativa sobre la estructura del consumo durante la primera mitad del siglo XIX, no es probable que éste difiera respecto a épocas anteriores <sup>28</sup>. Por ello, hemos creído oportuno seguir, en grandes líneas, los criterios de Phelps Brown y Hopkins, con las matizaciones de Reher y Ballesteros; todo ello condicionado, como es evidente, por la información que la fuente ofrece en cada momento. El resultado se muestra en el cuadro 1; presentamos una ponderación posible, no necesariamente la mejor, entre otras cosas porque carecemos de datos en partidas básicas como el combustible para los cuatro primeros años, y la vivienda, fundamental en todo medio urbano, y el vestido en todo el periodo. Para cubrir este vacío se tomó el índice de vestido y calzado de Reher-Ballesteros, conscientes de los riesgos que ello supone, aunque convencidos, al mismo tiempo, de que es mejor tener una aproximación provisional a carecer de ella.

Todas las series fueron convertidas en números índices con base en la media del quinquenio 1830-1834; la razón de haber elegido esta fecha es doble: se trata de un momento de relativa tranquilidad en los precios y las series son para esos momentos muy completas.

El principal gasto de las familias, esto es, la alimentación, está bien representado, aunque falten componentes significativos como el pescado —sólo al final hemos podido incorporar el bacalao—, la leche (su lugar es ocupado por el queso y la manteca), las patatas (únicamente disponemos de precios, y no muy regulares, desde 1847), las frutas y verduras y, en general, todos los productos de huerta, ámbito éste en el que, aunque estemos en un marco urbano, el autoconsumo debía de estar aún muy extendido. En relación con el consumo de cereales, el caso de Santander es particular por la extensión en el consumo de la borona, el pan de maíz <sup>29</sup>. En nuestra estimación hemos querido

---

<sup>28</sup> Lanza (1991), pp. 291-292.

<sup>29</sup> En 1788-1789 el consumo de maíz representaba, según cálculos de Lanza (1991), p. 291, el 15,4 % del aporte calórico. También Zapico (1973) cree que el consumo de maíz debió ser importante en la ciudad de Oviedo.



## CUADRO 1

*Ponderaciones aplicadas en el índice de precios de la ciudad de Santander, 1800-1860*

<i>Grupos de gastos</i>	<i>Subpedidos</i>					
	1800/04	1805/17	1818/22	1823/34	1835/50	1851/60
ALIMENTACIÓN						
Trigo .....	0,50	0,50				
Maíz .....	0,20	0,10				
Pan .....			0,46	0,44	0,44	0,44
Alubias .....		0,05	0,05	0,05	0,04	0,04
Gallina .....		0,05	0,03	0,02	0,02	0,01
Harina de maíz .....			0,09	0,07	0,06	0,05
Queso .....			0,02	0,02	0,02	0,02
Tocino .....			0,03	0,03	0,03	0,03
Carne de vaca .....			0,02	0,02	0,02	0,02
Huevos .....				0,02	0,02	0,02
Vino .....				0,02	0,02	0,02
Jamón .....				0,01	0,01	0,02
Manteca .....					0,01	0,01
Garbanzos .....					0,01	0,01
Bacalao .....						0,01
Total .....	0,70		0,70	0,70	0,70	0,70
COMBUSTIBLE						
Carbón mineral .....					0,07	0,07
Carbón vegetal .....		0,07	0,07	0,07		
Leña .....		0,08	0,08	0,08	0,08	0,08
Total .....	0,15	0,15	0,15	0,15	0,15	0,15
VESTIDO-CALZADO						
Índice .....	0,15	0,15	0,15	0,15	0,15	0,15
Total .....	0,15	0,15	0,15	0,15	0,15	0,15
TOTAL .....	1,00	1,00	1,00	1,00	1,00	1,00

reflejar, como hiciera Justino (1980: II, 13) en Portugal, este elemento diferenciador y le hemos atribuido un peso relativamente importante, aunque decreciente, sabiendo que no es fácil encontrar el punto de equilibrio. Debe tenerse en cuenta que se trata de un pujante núcleo urbano donde existe una burgue-

sía muy dinámica y al que llegan buscando empleo gentes de muy diversa procedencia, aunque sobre todo de la propia región, cuyos ingresos tenían que ser limitados.

Dado el papel preponderante otorgado a los cereales en la construcción del índice, es normal que la gráfica resultante muestre un perfil similar al que presentan las del trigo y el maíz. El siglo se inicia con precios altos y fluctuaciones muy violentas; subidas de precios tan pronunciadas como las que se produjeron en 1803-1804 y en 1811-1813 no eran recordadas por los protagonistas de la época. Terminada la guerra de la Independencia se produce una caída en cascada hasta tocar fondo en 1822, momento a partir del que los precios se estabilizan en el bajo nivel, aunque con una ligerísima tendencia al alza, que no acaba de consolidarse hasta superado el ecuador del siglo; las crestas de 1825, 1836-1837, 1846-1847 y 1857 —aunque ésta un poco más— son menos apuntadas.

Aunque la composición interna es muy distinta, no estará de más cofrontar nuestra serie con las dos disponibles, Sardá y Reher-Ballesteros. Al comparar:

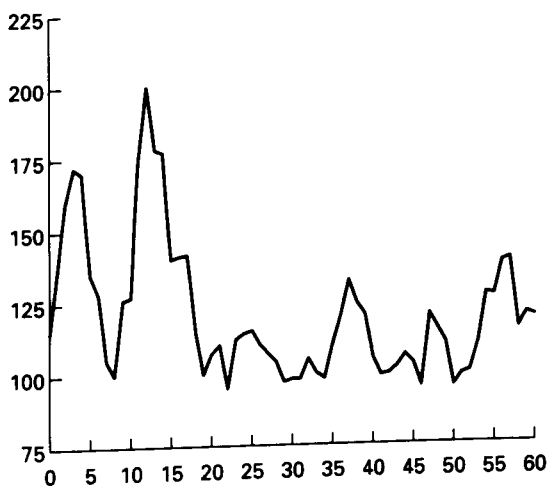
1) Se confirma lo que ya sabíamos acerca de la primera mitad del siglo; que en el interior las fluctuaciones de precios de los cereales fueron más violentas que en la periferia; es decir, que el perfil del índice santanderino es más suave que el castellano. Conviene advertir, sin embargo, que mientras el santanderino incorpora desde 1805 productos no cerealícolas, en la confección del castellano Reher y Ballesteros sólo tuvieron en cuenta trigo y vestido hasta 1837, de ahí que reproduzca fielmente, como era de esperar, la curva del precio del cereal noble en la región. Los precios de los productos no cerealeros aumentaron, por lo general, en proporción y ritmo inferior. En nuestra opinión, las razones que explican el hecho de que mediada la centuria el índice santanderino sea más plano que el castellano y el hecho de que, en los momentos críticos, se sitúe también por debajo del precio del trigo en la propia capital cántabra son las antedichas, más el resguardo de las grandes fluctuaciones que supone la ya mencionada proximidad del puerto. Confrontando al índice de Reher-Ballesteros uno de Santander calculado con una composición similar se confirma todo lo expresado. Se puede plantear una hipótesis sobre si esta situación sea extensible a otras zonas periféricas de país. El índice de Sardá en sus primeros momentos se aparta bastante de los otros dos; elaborado con precios al por mayor de productos importados en Cataluña, no debía ser muy sensible a la coyuntura peninsular <sup>30</sup>. A mediados de la década de los

---

<sup>30</sup> Maluquer (1989), p. 501.

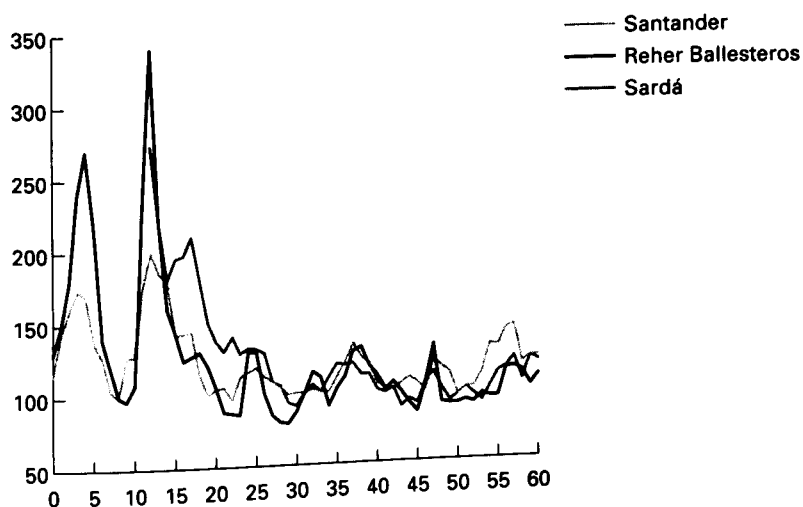
### GRÁFICO 3

*Índice general de precios de la ciudad de Santander (Base 1830-4 = 100), 1800-1860*



### GRÁFICO 4

*Índices de precios de Sardá, Reher-Ballesteros y Santander, 1800-1860*



veinte, sin embargo, la situación cambia; entre esos años y los inicios de los cincuenta los tres índices caminan más al unísono, siendo también la intensidad de las oscilaciones más parecida; pero a partir de la crisis de 1853, el índice de la capital cantábrica toma la delantera, situándose abiertamente por encima de los otros dos.

2) Aunque, en general, no existen discrepancias notorias en la dirección que manifiestan las tendencias y en el comportamiento cíclico exhibido, los precios en uno u otro lugar pueden variar en momentos muy determinados como respuesta a influencias diferentes; así, mientras que la crisis europea de 1816-1817 es perceptible en el índice de Sardá, en los otros dos no aparece, si bien es verdad que en el caso santanderino ello puede ser debido, a juzgar por lo que sucede en Oviedo y otros puntos de la periferia como La Coruña, Pontevedra o Guipúzcoa, a que los datos de esos dos años son malos; en cualquier caso, el caos del comercio colonial primero, la guerra de la Independencia después, y los movimientos insurreccionales del continente americano por último, hicieron que el puerto santanderino fuera uno más dentro de la cornisa cantábrica sin apenas proyección exterior; en tales condiciones era difícil que la coyuntura internacional se dejara notar con la misma fuerza que antes. En cambio, tanto en Castilla la Nueva como en Santander se aprecia una tenue caída en 1822-1823, caída que es apenas visible un año después en el índice de Sardá.

3) En la década de los cincuenta los papeles aparecen invertidos. Ahora los precios más altos se registran en Santander, los más bajos en Castilla y en medio se sitúan los de Sardá; en ese momento el puerto de Santander experimenta una gran actividad, sobre todo una vez comenzada la guerra de Crimea; los precios, ya empujados al alza por las malas expectativas de las cosechas de trigo y maíz de 1853 <sup>31</sup>, acaban disparándose cuando el conflicto estalla, y la tendencia no se invertirá hasta que se supere la crisis de 1857. Se elevan no sólo los precios de los cereales, sino que suben —en similar medida— prácticamente todos los demás. En el resto de la península, y por supuesto en Barcelona, hubo también alzas, pero bastante menores <sup>32</sup>.

4) Aunque el número de series manejada es limitado, y sólo están referidas a la alimentación y al combustible, se puede afirmar que en todas ellas subyace una tendencia común, aunque varían las fluctuaciones cíclicas y la intensidad de las mismas, si bien guardan un gran paralelismo en los momentos críticos. En algunas ocasiones la situación fue muy difícil. Así, en 1856/7 subió

---

<sup>31</sup> *Despertador Montañés*, 19-VI-1853, 20-XI-1853, 27-XI-1853 y 19-II-1854.

<sup>32</sup> Sánchez-Albornoz (1963), pp. 47-112.

el precio de los cereales, de las legumbres y de la carne, pero también subieron —y de qué manera— los precios de las patatas, el carbón o el queso; algo similar había sucedido en las crisis de 1847 y 1853, aunque las subidas no fueran tan generalizadas (en 1847 los precios de las alubias en Santander apenas se alteraron).

5) Los años que siguieron a la crisis de 1847 fueron de gran expansión para las economías europeas <sup>33</sup>. España también se benefició de este empuje, participando de forma más activa en el comercio entre los países europeos, en especial con las exportaciones de trigo que tuvieron lugar con ocasión de la guerra de Crimea y con la importación de capital y material ferroviario, lo que hubo de aproximar el comportamiento de los precios entre los mercados europeos (Cuadro 2). Sería interesante saber en qué medida lo anterior es representativo del movimiento general de los precios en la región santanderina y de otros núcleos de la periferia. Por lo que se refiere a la primera incógnita, existen serias y fundadas dudas que nos hacen sospechar que en el campo las cosas debieron de ser bastante diferentes; el autoconsumo era aún mayor y el campesinado consumía mayoritariamente maíz, alubias, leche y productos hortícolas.

## CUADRO 2

*Vector de correlaciones entre las tasas de inflación entre índices, 1846-1860*

<i>Índices</i>	<i>Santander</i>
Reher-Ballesteros .....	0,3309
Inglaterra .....	0,6632
Francia .....	0,4838
Portugal .....	0,4503

\* Precios al por mayor.

\*\* Precios al por menor.

FUENTE: Portugal: Justino (1986 II: 14-15); Francia e Inglaterra (Mitchell: 839-840 y 846-847); Reher-Ballesteros (1993).

<sup>33</sup> Foreman Peck (1995), pp. 39-63.

## 5. CONCLUSIONES

Para terminar, creemos que queda sobradamente justificado el gran valor que para este tipo de cálculos reviste la información mercurial, donde se exponen los precios efectivos de venta al detalle. Las fuentes regionales y locales facilitan cantidades de información que, para un período tan crucial y mal documentado como la primera mitad del siglo XIX, son muy difíciles de hallar con carácter general en el resto del país. Con informaciones de este tipo, referidas a núcleos urbanos y rurales, del interior y periféricos, podremos ir construyendo para esa época un índice del coste de la vida que sea algo más que una simple réplica del precio de los cereales y que, por fragmentaria que sea la información, recoja las múltiples diferencias propias de un país tan grande, regionalmente tan diverso y económicamente aún muy fragmentado. Como acaba de recordarnos Yun (1996), el avance en este campo sólo es posible con un diálogo permante entre la historia local, regional y general.

## APÉNDICE

TABLA 1

*Precios del trigo en Burgos, Medina de Rioseco, León, Segovia  
y Santander en números índice (1830/4 = 100) <sup>1</sup>*

Años	Burgos <sup>1</sup>	Medina R.	León <sup>2</sup>	Segovia	Santander <sup>2</sup>	España
1800 .....	109,39	122,29	143,50	123,91	109,25	234,36
1801 .....	124,27	179,45	196,19	173,10	138,93	203,74
1802 .....	250,73	232,30	221,13	220,34	171,00	215,80
1803 .....	291,42	267,40	236,12	278,46	196,17	227,96
1804 .....	367,56	461,85	383,32	489,75	180,26	226,07
1805 .....	110,85	277,20	250,48	321,02	129,91	203,84
1806 .....	120,77	128,90	137,12	158,31	119,70	171,70
1807 .....	130,68	104,25	111,26	138,81	77,66	155,25
1808 .....	123,88	104,22	93,50	108,88	83,86	148,94
1809 .....	117,09	86,01	114,99	79,36	135,81	159,71
1810 .....	122,52	121,29	176,33	101,84	140,75	198,08
1811 .....	136,90	332,48	??	270,99	228,00	277,79
1812 .....	554,00	696,44	299,31	614,57	252,15	336,26
1813 .....	283,40	217,01	170,03	249,78	214,44	238,33
1814 .....	150,52	112,73	137,87	119,22	205,55	208,30
1815 .....	150,17	132,30	157,44	143,76	131,81	189,00
1816 .....	164,84	143,23	150,30	116,49	167,75	190,98
1817 .....	146,06	128,85	129,31	116,87	157,16	175,15
1818 .....	106,47	94,59	100,59	95,99	118,79	144,08
1819 .....	87,22	79,52	76,83	95,72	99,75	119,71
1820 .....	100,49	102,28	99,52	87,10	90,25	111,82
1821 .....	91,16	87,78	81,99	83,69	81,34	106,36
1822 .....	76,54	64,61	81,82	63,38	78,13	112,21
1823 .....	95,24	71,51	75,57	67,91	96,08	105,66
1824 .....	97,98	85,77	100,76	97,83	99,96	114,60
1825 .....	113,94	106,33	94,17	128,71	105,88	111,72
1826 .....	101,92	87,03	81,40	90,78	102,12	113,06
1827 .....	94,10	78,55	78,90	83,80	102,12	102,09
1828 .....	72,92	77,30	83,80	63,10	102,52	98,47
1829 .....	70,79	68,04	82,08	50,86	96,42	85,21
1830 .....	81,12	70,85	70,95	71,66	92,62	86,95
1831 .....	104,23	88,36	86,15	82,12	96,72	95,59
1832 .....	128,56	132,11	116,63	141,00	109,25	114,60
1833 .....	101,31	115,28	119,36	119,23	99,94	99,90
1834 .....	84,77	93,44	106,89	85,97	99,75	102,88
1835 .....	97,98	88,46	97,90	69,82	105,16	122,89
1836 .....	152,30	114,18	130,48	96,96	110,61	137,53
1837 .....	162,16	138,60	162,23	126,08	135,57	136,19

TABLA 1 (Continuación)

Años	Burgos <sup>1</sup>	Medina R.	León <sup>2</sup>	Segovia	Santander <sup>2</sup>	España
1838 .....	158,02	145,32	144,55	142,20	129,43	134,60
1839 .....	122,34	103,55	117,89	92,38	121,88	117,67
1840 .....	79,46	70,53	91,48	63,97	97,67	95,64
1841 .....	81,94	72,95	93,66	70,96	92,86	92,16
1842 .....	96,52	95,44	114,82	80,44	99,75	100,85
1843 .....	110,44	120,41	150,93	107,66	104,50	107,80
1844 .....	119,66	137,61	143,00	101,30	99,94	107,75
1845 .....	102,07	97,59	115,75	73,470	102,56	98,76
1846 .....	100,73	93,12	109,87	82,61	100,74	105,12
1847 .....	155,01	150,79	155,84	151,68	129,93	139,21
1848 .....	114,38	123,10	127,63	106,71	108,06	106,71
1849 .....	94,10	99,10	106,18	86,95	91,14	98,12
1850 .....	74,51	80,91	82,20	73,02	88,17	93,06
1851 .....	87,04	89,15	95,55	81,06	102,52	96,43
1852 .....	80,45	76,58	98,16	77,84	100,02	95,44
1853 .....	96,36	105,61	117,4	81,72	112,19	103,43
1854 .....	137,95	140,11	161,01	118,83	129,31	123,72
1855 .....	149,44	155,18	166,05	111,38	148,10	128,74
1856 .....	194,09	201,98	223,10	179,75	148,55	163,09
1857 .....	246,20	237,42	262,65	235,24	146,38	169,04
1858 .....	126,85	145,95	144,84	147,10	103,21	118,72
1859 .....	126,25	147,22	152,53	128,18	91,84	127,35
1860 .....	131,26	148,74	154,29	129,05	109,60	132,76

<sup>1</sup> El promedio de precio del trigo en el quinquenio fue de 41,96 rls/fanega para Santander, 25,66 para Medina de Rioseco, 23,81 para León, 28, 56 para Burgos, 30,76 para Segovia y 20,15 pts el quintal en el caso nacional.

<sup>2</sup> En cursiva la información no mercurial.

FUENTES: *Correo Mercantil de España y sus Indias* (1800-1807), *Mercurio de España* (1824-1829) y *Norte de Castilla*, 24-I-1899 (la serie nacional de 1800 1897); A.M.B.: 1/133-134, 1/463, 1/471, 1/523, 12/286-367, 12/426, 12/431, 12/453 y 12/1956; A.M.L.: *Pósito*, legs. 353 y 354 (1807-1824) y Caja 365, lib. 1-4 (1829-1860); A.M.M.R.: Caja 266; A.M.S: *Libros de Mercado B* 59-61 y Archivo Diocesano de Santander, *Libro de Tazmías* de Viñoles 5484 (los huecos existentes en la serie de precios del trigo de Santander para los años 1809, 1816 y 1817, se rellenaron, con datos obtenidos en la regresión a la serie del trigo de Viñoles); A.M.Seg: 984-5, 1193-25, 846-9, 479-3, 978 y 1219.



TABLA 2

*Precios de la harina de trigo, pan, harina de maíz, habichuelas  
y garbanzos en números índice (1830/4 = 100) (1).*

Años	Harina	Pan	Maíz	H. Maíz	Alubias	Garbanzos
1800 .....			144,34			
1801 .....			186,53			
1802 .....			222,95			
1803 .....			224,28			
1804 .....			262,03			
1805 .....			138,86	145,18	154,01	
1806 .....			153,03	142,24	158,15	
1807 .....			154,37	126,82	99,75	
1808 .....			131,93	123,18	56,93	
1809 (2) ...			141,69	146,43	105,47	
1810 .....		135,31	139,17	157,64	154,01	
1811 .....		260,60	177,68	219,68	156,08	
1812 .....		263,81	259,90	237,93	163,01	
1813 .....		206,73	205,68	216,42	168,85	
1814 .....		137,82	207,09	203,62	198,66	
1815 .....		133,64	188,79	174,36	159,36	
1816 (3) ...		143,55	138,59	142,80	117,22	
1817 (3) ...		142,53	138,55	142,88	117,18	
1818 .....	128,04	116,98	124,37	153,98	60,82	
1819 .....		100,23	86,62	84,32	72,99	
1820 .....	110,97	100,23	81,51	91,65	81,02	94,05
1821 .....	92,50	94,721	98,61	102,65	72,99	99,33
1822 .....	92,25	81,02	76,33	85,30	94,48	83,30
1823 .....	98,62	100,22	80,25	87,98	80,08	89,50
1824 .....	104,26	95,36	112,00	135,65	94,89	88,41
1825 .....	98,47	102,32	122,45	125,23	114,35	
1826 .....	104,08	100,23	92,43	96,91	115,16	
1827 .....	100,86	96,75	101,16	95,81	109,99	
1828 .....	92,12	92,15	106,03	108,76	107,46	
1829 .....	86,73	94,66	90,54	96,23	104,11	
1830 .....	83,89	91,88	89,95	91,65	109,99	
1831 .....	94,41	96,05	114,57	107,2	101,37	
1832 .....	115,59	109,97	105,75	106,60	88,30	
1833 .....	108,53	102,04	109,01	103,26	92,86	92,05
1834 .....	97,81	96,05	80,84	91,35	107,96	101,38
1835 .....	106,19	108,58	108,24	116,21	119,62	101,28
1836 .....	129,39	123,48	149,55	143,89	127,53	101,99
1837 .....	152,54	143,39	152,23	164,06	117,59	103,40
1838 .....	146,23	130,86	127,23	145,85	140,20	101,46

TABLA 2 (Continuación)

<i>Años</i>	<i>Harina</i>	<i>Pan</i>	<i>Maíz</i>	<i>H. Maíz</i>	<i>Alubias</i>	<i>Garbanzos</i>
1839 .....	125,76	119,58	131,78	136,26	142,43	99,36
1840 .....	101,11	96,05	131,04	120,55	130,47	86,44
1841 .....	88,51	85,61	93,13	96,17	89,72	70,54
1842 .....	96,95	86,31	114,82	117,01	75,91	63,84
1843 .....	110,72	96,75	99,91	106,93	70,05	67,00
1844 .....	117,63	107,19	101,94	109,43	116,68	71,09
1845 .....	100,05	96,33	128,08	126,79	121,14	78,37
1846 .....	95,24	84,19	111,71	114,69	92,45	83,55
1847 .....	135,11	121,81	157,51	159,48	88,30	104,54
1848 .....	116,97	109,70	112,90	136,62	82,72	100,50
1849 .....	96,76	102,73	107,18	109,98	85,03	100,30
1850 .....	80,89	80,74	93,65	104,18	98,74	96,83
1851 .....	85,92	88,53	101,00	101,55	102,39	90,00
1852 .....	88,97	86,86	108,09	102,04	111,21	94,81
1853 .....	100,53	96,33	117,71	110,59	110,50	99,11
1854 .....	127,28	121,25	178,42	148,48	171,33	109,47
1855 .....	136,40	121,39	162,39	153,00	173,76	104,74
1856 .....	146,69	137,12	179,86	192,96	167,78	114,22
1857 .....	153,55	147,56	169,17	172,43	186,43	130,25
1858 .....	102,64	103,43	116,23	95,93	147,50	129,07
1859 .....	105,23	103,01	122,34	125,26	92,25	138,04
1860 .....	100,60	103,01	135,48	148,48	152,06	135,01

(1) El promedio de precio en el quinquenio fue de 16,41 rls/arroba para la harina flor de 1ª, 5,93 cts/libra de pan español, 22,51 rls/fanega de maíz, 13,63 cts/tercia de harina de maíz y 8,22 cts/tercia de alubias; 31,87 rls/arroba fue el promedio de los garbanzos para los años 1833/1834.

(2) Los números en cursiva son el resultado de interpolaciones lineales, partiendo del ajuste de líneas de regresión a los demás años.

FUENTE: A.M.S: *Libros de Mercado B* 59-61.

TABLA 3

*Precios de la gallina, huevos, tocino, carne, jamón y bacalao  
en números índice (1830-34 = 100) (1).*

Años	Gallina	Huevos	Tocino	Carne	Jamón	Bacalao
1805	104,80	156,69	131,48			
1806	106,26	135,78	164,23			
1807	95,07	139,38	155,48			
1808	95,06	132,74	216,00			
1809 (2)	104,77	138,46	143,82			
1810	102,46	106,74	136,17			
1811	127,51	135,50	169,04			
1812	129,10	146,57	190,17	185,00		
1813	171,14	165,92	211,30			
1814	134,22	137,16	173,08	262,90		
1815	116,33		161,81			
1816 (2)	105,43		140,36			
1817 (2)	105,29		140,46			
1818	128,63		154,95	160,66		
1819	100,67		145,56	146,05		
1820	109,06		75,13	128,91		
1821	76,06	99,557	83,86	107,10		90,81
1822	79,69	101,21	109,37	102,23		84,50
1823	80,16	128,59	127,25	133,47	131,05	101,56
1824	94,14	129,51	105,37	131,45	122,81	106,82
1825	94,14	129,97	123,73	129,01	71,66	125,51
1826	107,19	113,38	111,14	119,27	119,71	114,53
1827	98,34	110,61	115,82	122,52	110,82	121,54
1828	90,41	117,07	104,87	116,84	99,32	98,95
1829	91,25	96,79	99,43	109,54	98,31	110,38
1830	93,21	96,51	97,27	97,37	103,96	93,96
1831	93,68	92,55	98,61	90,26	99,52	99,27
1832	88,55	105,08	98,61	97,37	98,35	102,67
1833	89,95	103,93	100,60	99,80	99,32	91,73
1834	102,25	101,76	104,98	115,22	99,11	92,26
1835	110,08	105,64	117,74	150,11	106,38	90,88
1836	115,53	119,51	115,24	167,96	113,65	
1837	95,07	117,90	122,79	157,41	128,99	
1838	95,87	104,64	145,44	136,31	135,65	
1839	96,10	101,40	127,91	149,30	118,29	
1840	89,48	102,32	123,57	143,62	114,05	
1841	89,48	98,77	112,03	146,05	112,84	
1842	84,89	83,84	108,09	134,39	116,27	
1843	89,01	89,27	102,52	127,39	111,03	

TABLA 3 (Continuación)

Años	<i>Gallina</i>	<i>Huevos</i>	<i>Tocino</i>	<i>Carne</i>	<i>Jamón</i>	<i>Bacalao</i>
1844 .....	89,48	90,52	105,88	126,58	94,47	
1845 .....	83,42	94,21	108,78	125,77	124,03	
1846 .....	82,02	103,10	105,45	124,63	114,86	
1847 .....	106,26	97,25	121,89	124,95	127,90	92,47
1848 .....	102,72	113,89	127,95	131,04	119,10	100,44
1849 .....	99,55	94,02	123,40	118,11	90,35	100,44
1850 .....	84,82	94,48	91,21	158,06	122,13	94,44
1851 .....	79,69	93,79	104,47	143,62	112,44	86,25
1852 .....	117,44	108,31	101,42	128,20	108,40	96,77
1853 .....	93,06	103,47	114,10	126,17	110,62	100,70
1854 .....	100,67	127,25	131,01	122,93	131,54	105,92
1855 .....	122,48	140,34	149,67	126,58	152,61	108,84
1856 .....	100,20	111,40	170,80	142,81	159,98	105,81
1857 .....	103,70	140,34	197,41	153,76	178,65	101,29
1858 .....	128,63	143,80	166,30	164,71	179,99	111,55
1859 .....	172,44	131,13	194,87	190,27	179,99	130,10
1860 .....	117,44	163,16	194,87	204,47	181,68	89,28

(1) El promedio de precio en el quinquenio fue de 8,58 ctos la gallina, 18,14 ctos/docena los huevos, 21,31 ctos/libra el tocino fresco, 10,22 ctos/libra la carne de vaca, 4,12 rls/libra de jamón y 15,04 ctos/libra el bacalao.

(2) Los números en cursiva son resultado de interpolaciones lineales, partiendo del ajuste de líneas de regresión a los demás años.

FUENTE: A.M.S: *Libros de Mercado* B 59-61.

TABLA 4

*Precios del queso, manteca, vino, leña, carbón vegetal y carbón mineral  
en números índice (1830-34 = 100) (1).*

Años	Queso	Manteca	Vino	Leña	Carbón V.	Carbón M.
1805 .....				184,52	227,72	
1806 .....				146,42	187,91	
1807 .....				154,36	167,35	
1808 .....				130,55	140,23	
1809 (2) ..				90,93	135,88	
1810 .....		176,42		84,52	85,43	
1811 .....		228,02		70,63	68,75	
1812 .....	167,28	197,73		105,32	109,24	
1813 .....	166,00	239,90		148,54	145,90	
1814 .....	160,41	161,63		153,96	182,46	
1815 .....	158,66			116,26	166,05	
1816 (2) ....				98,62	135,58	
1817 (2) ....				99,72	135,54	
1818 .....	139,79	147,86		115,07	103,52	
1819 .....	116,49	135,12		103,17	84,76	104,19
1820 .....	104,84	122,37	98,65	105,15	107,36	112,23
1821 .....	110,55	114,72	102,34	105,55	180,09	83,02
1822 .....	98,82	109,41	91,25	77,87	91,82	85,22
1823 .....	110,67	120,02	126,03	88,62	165,75	124,69
1824 .....	96,10	110,44	101,70	87,93	174,83	117,47
1825 .....	110,67	98,51	120,47	75,06	165,13	112,15
1826 .....	111,64	125,77	105,97	89,28	135,38	114,85
1827 .....	104,36	119,61	117,15	84,40	116,70	126,42
1828 .....	84,94	96,28	98,93	83,99	99,54	102,67
1829 .....	88,34	97,51	99,59	86,70	102,22	105,82
1830 .....	95,72	99,42	106,71	103,10	121,36	111,32
1831 .....	98,63	101,97	100,98	100,13	99,76	102,20
1832 .....	131,64	97,54	94,84	98,04	96,37	97,80
1833 .....	81,54	97,00	96,79	99,20	91,49	93,40
1834 .....	92,71	104,18	100,71	99,70	90,41	95,28
1835 .....	98,05	115,15	118,25	96,56	104,02	117,77
1836 .....	108,43	118,42	123,87	115,14	111,72	124,84
1837 .....	122,32	131,72	124,55	155,39	151,48	122,33
1838 .....	111,64	120,41	107,37	125,06	135,46	111,95
1839 .....	105,33	116,85	105,61	146,69	137,70	118,24
1840 .....	98,05	109,28	100,71	123,75	146,08	113,37
1841 .....	93,39	103,55	97,69	142,22	181,92	128,62
1842 .....	94,59	111,15	103,83	137,85	174,02	128,30
1843 .....	97,07	101,55	96,46	129,46	185,29	126,32

TABLA 4 (Continuación)

<i>Años</i>	<i>Queso</i>	<i>Manteca</i>	<i>Vino</i>	<i>Leña</i>	<i>Carbón V.</i>	<i>Carbón M.</i>
1844 .....	92,73	104,01	97,69	128,20	148,30	120,44
1845 .....	91,74	102,70	102,00	120,37	144,56	121,70
1846 .....	88,07	99,98	89,06	130,15	142,41	113,90
1847 .....	100,96	101,76	73,44	157,40		139,63
1848 .....	105,81	110,90	71,80	154,76		157,86
1849 .....	103,68	123,03	66,00	182,53		141,78
1850 .....	98,05	103,33	75,63	126,22		140,88
1851 .....	99,02	124,49	83,17	127,97		144,34
1852 .....	105,81	110,26	86,87	124,66		141,51
1853 .....	108,43	117,27	80,02	170,23		161,95
1854 .....	104,84	127,67	108,79	213,29		153,15
1855 .....	108,72	123,64	104,13	186,83		153,56
1856 .....	112,12	130,44	124,96	185,79		211,0175
1857 .....	139,30	159,85	110,85	172,78		148,2154
1858 .....	157,26	150,41	110,16	176,58		144,9762
1859 .....	133,97	150,41	107,42	189,15		181,7706
1860 .....	133,97	140,22	116,74	148,80		175,4810

(1) El promedio de precio en el quinquenio fue de 8,58 ctos/libra el queso, 19,61 cts/libra de manteca de vaca, 30,40 rls/cántara de vino, 53,02 rls/carro de carbón vegetal, 25,19 el carro de leña y 26,49 cls/arroba de carbón del muelle.

(2) Los números en cursiva son resultado de las interpolaciones lineales, partiendo del ajuste de líneas de regresión a los demás años.

FUENTE: A.M.S: *Libros de Mercado* B 59-61.

TABLA 5

*Precios del trigo, escanda, maíz y habas en el mercado de Oviedo  
en números índice (1830-34 = 100) (1).*

Años	Trigo	Maíz	Habas	Escanda
1786	93,25	101,46	84,24	95,22
1787	96,93	123,90	78,01	95,92
1788	91,12	141,98	114,78	103,65
1789	184,95	136,50	140,27	182,00
1790	113,80	168,79	163,81	113,84
1791	107,98	149,29	129,57	114,89
1792	113,41	156,00	119,06	115,07
1793	136,87	180,68	127,82	137,91
1794	147,92	209,32	177,43	146,87
1795	146,76	138,33	154,86	153,19
1796	179,72	265,69	206,80	190,44
1797	229,54	334,24	229,18	225,75
1798	213,06	248,01	157,78	196,06
1799	129,50	159,96	145,13	156,18
1800	158,58	212,06	211,67	162,50
1801	240,79	330,28	214,00	246,66
1802	242,14	198,05	142,60	240,86
1803	199,68	211,45	156,61	198,87
1804	200,27	306,82	232,49	228,91
1805	177,97	142,90	190,46	185,17
1806	147,92	134,67	163,81	153,19
1807	146,18	169,40	154,28	152,14
1808	129,70	131,01	117,70	142,65
1809	174,48	198,05	142,02	176,21
1810	262,41	177,43	164,98	177,15
1811 (2)	260,76	177,74	164,76	232,17
1812	285,96	325,71	217,70	289,00
1813	223,73	167,58	256,42	242,97
1814	237,88	226,99	299,02	220,30
1815	199,88	244,66	248,24	216,09
1816	194,64	194,69	150,19	207,13
1817	200,85	258,98	215,36	208,01
1818	144,43	200,18	161,47	153,72
1819	98,48	86,83	85,99	106,64
1820	75,61	69,46	75,87	84,50
1821	86,27	91,71	75,29	94,87
1822	64,55	92,32	108,36	111,73
1823	126,76	121,26	108,36	135,27
1824	107,40	136,50	124,90	114,89

TABLA 5 (Continuación)

<i>Años</i>	<i>Trigo</i>	<i>Maíz</i>	<i>Habas</i>	<i>Escanda</i>
1825 .....	105,66	130,10	124,31	113,31
1826 .....	104,11	100,54	119,26	107,16
1827 .....	114,38	121,87	134,24	115,95
1828 .....	98,68	108,77	130,73	106,46
1829 .....	94,02	103,59	128,40	100,49
1830 .....	92,08	96,89	107,00	91,00
1831 .....	96,74	99,63	95,91	94,16
1832 .....	99,26	95,06	80,15	97,32
1833 .....	108,76	125,83	117,89	109,80
1834 .....	103,14	82,57	99,02	107,69
1835 .....	104,49	81,04	99,80	111,38
1836 .....	130,2	147,70	135,01	131,58
1837 .....	175,64	195,90	160,89	175,68
1838 .....	152,57	139,24	156,80	156,53
1839 .....	134,54	152,34	139,88	137,21
1840 .....	110,89	156,30	114,20	115,95
1841 .....	103,33	132,84	119,64	112,78
1842 .....	138,61	183,72	95,136	141,25
1843 .....	140,94	111,51	121,60	146,52
1844 .....	116,32	115,17	160,89	115,95
1845 .....	139,78	167,88	111,86	137,73
1846 .....	119,81	131,93	116,73	126,84
1847 .....	153,16	179,76	111,86	156,35
1848 .....	140,94	156,00	133,65	145,29
1849 .....	119,81	141,37	126,65	133,16
1850 .....	97,51	118,80	111,28	108,74
1851 .....	96,74	114,25	121,40	104,70
1852 .....	98,68	128,27	112,06	106,99
1853 .....	109,92	144,72	157,39	114,37
1854 .....	167,31	208,71	147,47	161,80
1855 .....	146,37	160,57	167,31	151,61
1856 .....	172,54	220,59	202,33	171,82
1857 .....	213,45	242,83	125,09	227,86
1858 .....	148,89	150,82	118,09	157,58
1859 .....	138,44	155,08	118,09	151,44
1860 .....	140,36	177,02	130,54	134,04
1861 .....	170,80	205,05	165,17	175,33
1862 .....	176,03	226,99	200,97	199,22
1863 .....	173,12	209,32	202,14	173,04
1864 .....	163,43	208,40	153,11	166,37
1865 .....	121,17	160,87	107,58	145,46
1866 .....	142,30	166,97	117,89	164,09



TABLA 5 (Continuación)

<i>Años</i>	<i>Trigo</i>	<i>Maíz</i>	<i>Habas</i>	<i>Escanda</i>
1867 .....	169,63	173,97	119,84	173,57
1868 .....	216,36	210,23	182,68	218,02
1869 .....	148,70	157,22	158,36	152,14
1870 .....	140,94	165,44	149,02	146,17
1871 .....	158,97	185,86	172,95	167,95
1872 .....	177,20	206,27	196,88	189,74
1873 .....	170,80	169,71	151,94	174,45
1874 .....	162,85	199,57	145,13	182,71
1875 .....	159,17	198,35	153,69	176,56
1876 .....	143,27	229,43	107,78	170,41
1877 .....	145,98	196,52	213,42	164,09
1878 .....	168,08	181,29	120,42	176,21

(1) El promedio del quinquenio 1830/4 fue de 5, 69 rls el copín de escanda, 3,28 el de maíz, 5,52 el de trigo y 5,14 el de habas.

(2) Los números subrayados son resultado de interpolaciones lineales, partiendo del ajuste de líneas de regresión a los demás años.

FUENTE: A.M.O.: *Libros de Valías* B116.

TABLA 6  
*Índice general de precios en la ciudad de Santander*

<i>Años</i>	<i>Índice</i>	<i>Año</i>	<i>Índice</i>
1800 .....	114,77	1831 .....	98,33
1801 .....	138,22	1832 .....	104,12
1802 .....	160,33	1833 .....	99,46
1803 .....	172,20	1834 .....	97,71
1804 .....	170,72	1835 .....	108,44
1805 .....	135,70	1836 .....	119,91
1806 .....	127,10	1837 .....	132,75
1807 .....	103,73	1838 .....	123,56
1808 .....	98,82	1839 .....	119,32
1809 .....	125,84	1840 .....	104,47
1810 .....	126,45	1841 .....	98,51
1811 .....	173,25	1842 .....	98,65
1812 .....	199,68	1843 .....	101,78
1813 .....	183,69	1844 .....	106,33
1814 .....	182,32	1845 .....	102,59
1815 .....	141,79	1846 .....	95,24
1816 .....	143,11	1847 .....	119,70
1817 .....	143,56	1848 .....	114,21
1818 .....	114,31	1849 .....	109,24
1819 .....	97,86	1850 .....	94,49
1820 .....	106,42	1851 .....	98,48
1821 .....	109,5	1852 .....	98,74
1822 .....	94,6	1853 .....	108,24
1823 .....	111,94	1854 .....	127,35
1824 .....	113,28	1855 .....	126,99
1825 .....	115,97	1856 .....	140,22
1826 .....	111,08	1857 .....	141,06
1827 .....	107,37	1858 .....	115,87
1828 .....	103,27	1859 .....	120,09
1829 .....	96,51	1860 .....	119,55
1830 .....	97,97		

## BIBLIOGRAFÍA

- ÁLVAREZ PANTOJA, M.<sup>a</sup> José (1972): *Aspectos económicos de la Sevilla fernandina (1800-1833)*, I y II. Diputación Provincial de Sevilla/Facultad de Filosofía y Letras, Sevilla.
- ANES, Gonzalo (1969): «Las fluctuaciones de los precios del trigo, de la cebada y del aceite en España (1788-1808): un contraste regional», en *Economía e Ilustración*, pp. 42-70, Madrid, Ariel.
- (1970): *Las crisis agrarias en la España moderna*, Madrid, Taurus.
- ARIZCUN, Alejandro (1989): *Serie navarras de precios de cereales (1589-1841)*, Madrid, «Estudios de Historia Económica» del Servicio de Estudios del Banco de España.
- BEVERIDGE, W. H. (1939): *Prices and Wages in England from the Twelfth to the Nineteenth Century*, I, Londres-Nueva York.
- BRAUDEL, Ferdinand, y SPOONER, F. (1967): «Prices in Europe from 1450 to 1750», en E. E. RICH y C. H. WILSON (eds.), *The Cambridge Economic History of Europe*, vol. VI: *The Economy of Expanding Europe in the Sixteenth and Seventeenth Centuries*, Cambridge, Cambridge University Press.
- CAMPOMANES, C. DE (1775): *Discurso sobre la educación popular de los artesanos y su fomento*, Madrid.
- CASTRO, Concepción DE (1987): *El pan de Madrid. El abasto de las ciudades españolas del Antiguo Régimen*, Madrid, Alianza Editorial.
- CONARD, Pierre, y LOVETT, Albert (1969): «Problèmes de l'évaluation du coût de la vie en Espagne. 1. Le prix du pain depuis le milieu du XIX siècle: une source nouvelle», *Melanges de la Casa Velázquez*, V, pp. 411-441.
- DOMÍNGUEZ MARTÍN, Rafael (1988): *Actividades Comerciales y Transformaciones Agrarias en Cantabria, 1750-1850: (Cambio y limitaciones estructurales en el corredor del Besaya)*, Santander, Tantín/Universidad de Cantabria.
- (1996): *El campesino adaptativo. Campesinos y mercado en el norte de España, 1750-1880*, Santander, Universidad de Cantabria/Asamblea Regional de Cantabria.
- ESCRIVÁ, J. L., y LLOPIS, Enrique (1987): «La integración del mercado triguero en la Castilla la Vieja-León del Antiguo Régimen: avance y estancamiento», en *Hacienda Pública Española*, 108-109.
- FEINSTEIN, C. H. (1995): «Nominal wages, cost of living and real wages in the U.K.», en P. SCHOLLIERS y V. ZAGMANI (eds.): *Labour's Reward. Real Wages and economic change in 19th and 20th century Europe*, Elgar, pp. 3-35.
- FELIÚ, Gaspar (1991): *Precios y salarios en la Cataluña moderna*, vol. 1: *Alimentos*; 2: *Combustibles, productos manufacturados y salarios*, Madrid, «Estudios de Historia Económica» del Servicio del Banco de España.
- FLIN, M. W. (1974): «Trends in Real Wages, 1750-1850», en *The Economic History Review*, XXVII, 3, 1974, pp. 394-411.
- FOREMAN PECK, James (1995): *Historia económica mundial. Relaciones económicas internacionales desde 1850*, Prentice Hall, Madrid.
- GARCÍA SANZ, Ángel (1979-1989): «Jornales agrícolas y presupuesto familiar campesino en España a mediados del siglo XIX», en *Anales de Cunef*, 1979-1980.
- GARRABOU, Ramón (1970): «Sobre la formació del mercat català en el segle XVIII. Una primera aproximació a base dels preus dels grans a Tarrega (1732-1811)», en *Recerques*, I, pp. 83-121.

- GAYER, A.; ROSTOW, W. W., y SCHWARTZ, A. J. (1953): *The Growth and Fluctuations of the British Economy, 1790-1850*, Oxford.
- GÓMEZ MENDOZA, Antonio, y SIMPSON, James (1988): «El consumo de carne en Madrid durante el primer tercio del siglo XIX», en *Moneda y Crédito*, 186.
- GRUPO DE ESTUDIOS DE HISTORIA RURAL (1979): «Contribución al análisis histórico de la ganadería española, 1865-1929», en *Agricultura y Sociedad*, núm. 10, pp. 105-169.
- (1980): *Los precios del trigo y la cebada en España, 1891-1907*, «Estudios de Historia Económica» del Servicio de Estudios del Banco de España.
- (1981): *El vino, 1874-1907, dificultades para reconstruir la serie de sus cotizaciones*, Madrid, Servicio de Estudios del Banco de España.
- HALPERN, Miriam (1984): «Niveles de consumo y niveles de vida en Portugal (1874-1922)», en *Política y economía. Portugal en los siglos XIX y XX*, pp. 107-139, Barcelona, Ariel.
- HAMILTON, Earl J. (1934): *American Treasure and the Price Revolution in Spain, 1501-1650*, Cambridge: Harvard University Press. Traducción castellana: *El tesoro americano y la revolución de los precios en España*, Barcelona, Ariel, 1975.
- (1947): *War and Prices in Spain, 1651-1800*, Cambridge Mass. Traducción castellana: *Guerra y precios en España, 1651-1800*, Madrid, 1988.
- HAUSER, H. (1936): *Recherches et documents sur l'histoire des prix en France de 1500 à 1800*, Genève.
- HUFTON, Olwen (1985): «Conflicto social y oferta de cereales en la Francia del siglo XVIII», en *El hambre y la Historia: el impacto de los cambios en la producción de alimentos y los modelos de consumo sobre la sociedad*, pp. 115-146, Madrid, Siglo XXI.
- JUSTINO, David (1989): *A formação do espaço económico nacional. Portugal. 1810-1913*, Lisboa, Assírio Bacelar.
- LABROUSSE, Ernest (1933): *Esquisse du mouvement des prix et des revenus en France au XVIII<sup>e</sup> siècle*, Dalloz, París. Parcialmente traducido al castellano: *Fluctuaciones económicas e historia social*, Madrid, Tecnos, 1962.
- (1940): «Les prix. Comment contrôler les mercuriales? Le Test de concordance», en *Annales d'Histoire Sociale*, II, 2, pp. 117-130.
- LANZA, Ramón (1991): *La Población y el crecimiento económico de Cantabria en el Antiguo Régimen*, Universidad Autónoma de Madrid/Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cantabria.
- LÓPEZ TABOADA, Xose A. (1986): *Precios do trigo, centeo e millo na segunda metade do século XIX en Galicia*, Xunta Galicia.
- MALUQUER DE MOTES, Jordi (1989): «Precios, salarios y beneficios de la distribución funcional de la renta», *Estadísticas Históricas de España*, siglos XIX-XX, Fundación Banco Exterior, pp. 496-532.
- MARTÍN ACENA, Pablo (1993): «Los precios en Europa durante los siglos XVI y XVII: Estudio comparativo», *Revista de Historia Económica*, X, 3, pp. 359-398.
- MARTÍNEZ, J. (1826): «Descripción Topográfica-Médica de la ciudad de Santander», en *Traducción del ensayo sobre las flecmasías del tejido mucoso...*, Valladolid.
- MARTÍNEZ VARA, Tomás (1983): *Santander, de villa a ciudad (Un siglo de esplendor y crisis)*, Ayuntamiento de Santander/Librería Estudio.
- MARVAUD, A. (1975): *La cuestión social en España*, Madrid, Ediciones de la Revista del Trabajo.

- MITCHELL, B. R. (1992): *International Historical Statistics Europe, 1750-1988*, Nueva York, Stockon Press.
- MORILLA, José (1973): *Introducción al estudio de las fluctuaciones de precios en Málaga (1787-1829)*, Instituto de Cultura de la Excm. Diputación, Málaga.
- PAN-MANTOJO, Juan (1990): «Un análisis cuantitativo del consumo de bebidas alcohólicas en la España del siglo XIX», en *XV Simposi D'Anàlisi Econòmica. Secció Històrica Econòmica. Niveles de vida a Espanya, s. XIX i XX*. II. Dpt. d'Economia i d'Història Econòmica. Universitat Autònoma de Barcelona (Bellaterra), pp. 151-161.
- PARENTI, G. (1942): *Prezzi e mercato del grano a Siena, 1546-1765*, Florencia.
- PEIRÓ, Antonio (1987): «El mercado de cereales y aceites aragoneses (siglos XVII-XX)», en *Agricultura y Sociedad*, 43, pp. 213-278.
- PHELPS BROWN, E. H., y HOPKINS, Sheila V. (1956): «Seven Centuries of the Prices Consumables, Compared with Builders' Wages Rates», *Economica*, New Series, XXIII, 96, pp. 289-306.
- PIMENTA, Carlos (1983): «Salarios e preços no século XIX em Portugal. Análise Económica», en *Boletim de Ciências Económicas*, XXVI, Coimbra, pp. 169-239.
- PUNTE FERNÁNDEZ, Leonor (1992): *Transformaciones agrarias en Cantabria, 1860-1830*, Santander, Universidad de Cantabria/Asamblea Regional de Cantabria.
- REHER, David, y BALLESTEROS, Esmeralda (1993): «Precios y salarios en Castilla la Nueva: la construcción de un índice de salarios reales, 1501-1991», *Revista de Historia Económica*, XI, 1, pp. 101-151.
- RINGROSE, David R. (1985): *Madrid y la economía española, 1560-1850*, Madrid, Alianza Universidad.
- ROMANO, R. (1965): *Prezzi, salari e servizi a Napoli nel secolo XVIII (1734-1806)*, Milano, Banca Commerciale Italiana.
- SALOMÓN, Remigio (1861): *Guía de Santander*, Santander.
- SÁNCHEZ-ALBORNOZ, Nicolás (1963): *Las crisis de subsistencias de España en el siglo XIX*, Instituto de Investigaciones Históricas, Rosario.
- (1975): *Los precios agrícolas durante la segunda mitad del siglo XIX; vol. I: Trigo y cebada, vol. II: Los vinos y los aceites*, Madrid, Servicio de Estudios del Banco de España.
- SARASÚA, Carmen (1994): «Emigraciones temporales en una economía de minifundio: los montes de Pas», en *Boletín de la Asociación de Demografía Histórica*, XII-2/3.
- SARDA, Juan (1948): *La política monetaria y las fluctuaciones de la economía española en el siglo XIX*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- SEGURA I MAS, Antoni (1983): «El mercat de cereals i llegums a Barcelona, 1814-1868», en *Recerques*, 14, pp. 177-212.
- SERENI, Emilio (1966): *Capitalismo e mercato nazionale in Italia*, Roma.
- SIMPSON, James (1985): *El consumo y producción de cereales panificables*, mimeo, Banco de España. Informe «Proyecto europeo».
- (1989): «La producción agraria y el consumo español en el siglo XIX», en *Revista de Historia Económica*, VII, núm. 2, pp. 355-388.
- THOMPSON, E. P. (1979): «La economía moral de la «multitud» en la Inglaterra del siglo XVIII», en *Tradición, revuelta y consciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*, Barcelona, Crítica.
- VICEDO I RIUS, Enric (1983): «Els preus dels cereals al mercat de Lleida durant la primera meitat del segle XIX», en *Recerques*, n.º 14, pp. 167-175.

- VILAR, Pierre (1961): «Remarques sur l'histoire des prix», en *Annales (Ecomies, Societés, Civilisations)*, pp. 110-115. Traducción castellana: «Consideraciones sobre la historia de los precios», en *Crecimiento y Desarrollo*, Barcelona, Ariel, 1964, pp. 186-193.
- (1962): *La Catalogne dans l'Espagne moderne. Recherches sur les fondements économiques des structures nationales*, 3 vols., Paris, SEVPEN.
- WILLIAMSON, Jeffrey G., y LINDERT, Peter H. (1982): «Revising England's social tables 1688-1812», en *Explorations in Economic History*, n.º 19.
- (1983): «English Worker's Living Standards during the Industrial Revolution. A New Look», en *The Economic History Review*, XXXVI, n.º 1, 1983, pp. 1-25.
- YUN, Bartolomé (1996): «Macromagnitudes e indicadores agregados de actividad agraria. Metodología y problemas de cuantificación. El desarrollo agrario en la España de la preestadística: Una frontera metodológica y conceptual», en *Noticiario de Historia Agraria*, SEHA, n.º 11, 1996, pp. 15-35.
- ZAPICO, José Luis (1973): «Las fluctuaciones de los precios de los cereales en Oviedo (1790-18978)2, en *BIDEA*, 80, pp. 761-785.